

Modernidad, individuación y manicomios

EMILIANO GALENDE

"Pues bien escrito está: 'en el principio era la palabra'.¹
 ¡Ya aquí tropiezo! ¿quién me ayudará a seguir?
 Me resulta imposible darle un valor tan alto a la palabra,
 he de traducirlo de otro modo,
 si es que por el espíritu estoy bien iluminado.
 Escrito está: 'En el principio era la idea'.
 Piensa muy bien en este primer renglón,
 ¡no vaya a precipitarse tu pluma!
 ¿Es la idea lo que todo ocasiona y crea?
 Debiera, pues, decir: 'En el principio era la fuerza'!
 Empero, también mientras esto transcribo,
 algo me advierte que no restaré en ello.
 ¡El espíritu me ayuda, de repente veo el consejo,
 y sin miedo escribo: ¡En el principio era la acción!"

GOETHE

Fausto, párrafo 1225

1. Introducción

Y la acción humana sólo es posible en un mundo de relaciones entre individuos, en que se construyen palabras que deslizan significaciones, producen ideologías, creencias, de las que los hombres toman la fuerza para orientar su acción. Y así de seguido. El principio, lo que es "al principio", no es origen ni causal, pero interviene en la orientación que tomaran las determinaciones "últimas" de la acción. Esta acción, finalmente humana, no puede prescindir de las palabras, de las ideas y significaciones que dan fuerza a la acción. El lenguaje es ya relación social, lugar de la sublimación primera (palabras, ideas, creencias), pero no se constituye sino por la presencia efectiva y la acción del otro. El individuo es reconocido, nombrado y dicho como tal por otro mucho antes que advenga a una conciencia de sí. Esto hace que el individuo debe ser dicho de alguien y no cesar nunca de ser dicho, en tanto constitutivo de su experiencia de individuación. No es sustancia autónoma sino res social, y en este ser dicho

1 Refiere a San Juan "En el principio era la palabra y la Palabra estaba con Dios", Nuevo Testamento.

por el otro se genera a la vez su clasificación, de género, de raza, de lugar social, a la vez, es decir, al mismo tiempo y en el mismo movimiento, en que su nominación lo ubican en un orden de filiación e identidad.

El manicomio, porque es su existencia lo que motiva esta reflexión, es también un producto de la acción humana. Su esencia, como trataré de mostrar, es también la relación social que lo produce, la que lo constituye, la que él produce, las ideas que lo forman, las creencias que dieron lugar a su existencia como las que su existencia produjo en los hombres de adentro y de afuera. Y, como no confundimos sus muros y sus miserias interiores con la totalidad de su existencia, nos preocupa la relación humana que expresa y representa, lo que, como verdadero analizador, nos está indicando de su relación con las formas concretas de la individualidad y la producción subjetiva. Por ello estaré obligado, para entender en él esta dimensión humana, a extender mi reflexión al problema de la individuación, a la que situaremos en relación a la modernidad y sus mentadas crisis.²

Una comprensión global de las coordenadas históricas y morales en que surgen los primeros asilos y un análisis de su funcionalidad y conflictos con la vida social actual, fue realizado por mí en un texto anterior,³ al cual remito al lector. Me interesa ahora profundizar en un aspecto que considero esencial tener en cuenta: cuál es la relación entre la existencia de una o varias disciplinas, (poco importa en cuanto a esto el número), que al generar los sistemas explicativos, es decir teorías, sobre el sufrimiento y la desdicha que llamamos enfermedad mental, generan y legitiman también la forma de relación humana que sostiene al manicomio. La enfermedad mental, cuya dimensión existencial humana no sólo no negamos sino que le reconocemos a la vez un valor de interpelación a las certezas de la razón, no es un dato de la Naturaleza. Su existencia es indiscernible de los modos en que los lenguajes disciplinarios la nombran y clasifican, de este modo creen dominarla como saber de especialistas. Y sus efectos reales consisten en que el individuo queda atrapado en sus sistemas explicativos, en las prácticas asistenciales que se derivan y en las instituciones que se crean, no sólo como establecimientos "especiales", sino en el imaginario instituido por ellas. La institución manicomial instituye una relación compleja en la que es visible la estructura asimétrica del poder del "especialista" y sumisión del enfermo, quedando al mismo tiempo denegada, y por lo mismo "invisible", la dimensión de representante del poder, en su dimensión social, del especialista y la institución, y la de "representado" (en el sentido

2 Situar la cuestión del manicomio y las vías posibles para su ablición definitiva requiere de una comprensión global del problema, en la que insistiré, ya que considero con preocupación la facilidad con que el horror que provoca la percepción de sus miserias, su injusticia, su autoritarismo, hasta lo que en apariencia parece lo absurdo de su existencia misma, genera voluntarismos cargados por la indignación, que tienden a ignorar la densidad del problema que enfrentan y esterilizan así muchos de sus esfuerzos.

3 E. Galende, "Psicoanálisis y Salud Mental", Ed. Paidós, Bs.As. 1990.

de que el especialista representa, hace la representación, de la enfermedad) que asume el paciente. En lo más visible de la relación disciplinaria el poder está en la posición de sujeto de la enunciación (y tiene su forma en el especialista como sujeto y sujetado), tiene la palabra, la capacidad de nombrar, y por lo tanto el poder que le "otorga" el saber (clasificar, decidir, etc.), mientras que el enfermo está en posición de sujeto del enunciado, ya que "es hablado", significado, por el saber de la disciplina y sus especialistas o, a lo sumo, se limita a responder, si puede y como puede. Esta relación es funcional y equiparable a la que rige en la vida social para todo orden disciplinario. Respecto de cada disciplina, y como formas concretas del poder, todos funcionamos como objetos. Como luego veremos, los medios actuales de comunicación de masas colaboran en esta misma dirección al confinarnos permanentemente en esta condición de receptores y consumidores. Lo que, de paso, contribuye a la desactivación de los diálogos en la vida social. Cada vez más nuestra relación en la gestión de la cotidianidad nos instala en un diálogo con "expertos" de todo tipo: el cuidado del cuerpo, la alimentación prescripta, el modelo de sexualidad satisfactoria, la pareja adecuada, la gestión del tiempo libre y hasta los nuevos expertos de "entretener" la experiencia de la soledad.

En las condiciones de la vida social actual y de la cultura es absolutamente ilusorio creer en un estado "puro" del sufrimiento mental, fuera de todo orden disciplinario. El desmontaje o la abolición del sistema psiquiátrico que proponía Basaglia, entre otros, aun si fuera posible, no hará mas que abrir el curso a otras formas disciplinarias, ya que el camino de lo demoníaco, la purificación religiosa y otras formas mas "primitivas" de significación del sufrimiento mental o la locura, tienen también hoy el régimen de verdaderas disciplinas de lo mental. Me refiero a la diversidad de prácticas bruñeriles, míticas, místicas, astrológicas, religiosas, mentalistas, energetistas, fiscalistas, sugestivas, interaccionistas, etc., que pueblan el campo de la cultura y la sociedad. El horizonte de la racionalidad científica sigue siendo, a mi entender, lo que mejor contribuye al desentrañamiento de las lógicas que sostienen el manicomio y sus prácticas aberrantes, y permite pensar en la construcción de alternativas más racionales, más humanas, más solidarias y también más eficaces, para ayudar a quienes fracasan y buscan ayuda. Habré de abrir luego la interrogación sobre el destino de aquellos individuos cuyos sufrimientos e infelicidades, cuando no su locura, quedan fuera de los sistemas establecidos de significación disciplinaria y de la vida social a un mismo tiempo.

Quiero ahora contextualizar el orden de problemas en que nos es abordable la individualidad actual, es decir, señalar, ya que no podré detenerme en su análisis, lo que considero caracteriza el campo social y cultural y permite inferir que estamos frente a formas nuevas de individualidad, cuya comprensión es esencial para inteligir la situación actual de los manicomios y el diseño de estrategias alternativas.

W mío
enfermo
"sujeto del
enunciado"
≠ "sujeto de
enunciación"
(poder)

2. Las nuevas formas de lo social

El psicoanálisis, desde Freud, ha formulado una hipótesis superadora de la antigua dicotomía entre individuo y sociedad, posibilitando pensar la subjetividad tanto en su entramado social como en la singularidad de las historias personales. Al establecer una diferencia entre actos psíquicos sociales y actos psíquicos narcisistas, marcando con esta polaridad la lógica del proceso, interminable, de la diferenciación-individuación (socialidad) versus actos narcisistas. Estos no son solamente los que suponen el aislamiento del individuo sino, y sobre todo, lo que caracteriza la masificación. Aceptemos englobar (abusando del término), bajo el concepto de lazo social los elementos que caracterizan las formas actuales de socialidad.

Algunos rasgos han sido repetidamente señalados por diversos autores⁴: crecimiento del individualismo, que como es obvio no debe confundirse con la individuación, ya que ésta supone formas actuantes de alteridad; crecimiento de rasgos narcisistas en los individuos, expresados en comportamientos hetero y autoagresivos, aislamiento, pérdida de socialidad, egoísmo, que implican, para la observación psicoanalítica, un narcisismo regresivo que empobrece su función libidinal; la fragmentación de los conjuntos sociales; caída de los grandes movimientos sociales y correlativamente una disociación subjetiva dominante en la experiencia de indiferencia y desinterés por lo colectivo; nuevas conformaciones de colectivos más ligados a reivindicaciones parciales, o intereses de identidad (de religión, profesión, condición de marginalidad, etc.); cambios profundos en las relaciones de trabajo y en la conformación de las corporaciones y su representatividad; y finalmente la formación de nuevas identidades sociales a partir del crecimiento de los sectores desocupados, migraciones de empleo, cambios de hábitos y radicación, migraciones, cuentapropismo, etc.

En lo político es observable las transformaciones que la internacionalización del poder ha generado en los criterios de representación, provocando una "sectorización" y profesionalización del político, que hace que el pueblo vote pero no decida, ya que el divorcio entre el ciudadano y los decisores es creciente, a la vez que la anonimización del poder real. Esto sitúa a cada individuo, es decir su vida real, su empleo, su ingreso, la construcción de sus proyectos de vida, no en relación a otros inmediatos, presentes, sino en relación al "universo" en que se deciden las direcciones de la política, la economía, la cultura, etc.

En el plano de la cultura ha sido señalado su masificación, es decir, no sólo porque desaparece la cultura de la "élite" sino por su transforma-

4 Especialmente Sennet, R.; Lasch, G.; Lipovetsky, H.; Béjar, Rella. Intenté pensar estas problemáticas desde el psicoanálisis abordándolas desde el ángulo de la temporalidad, es decir, de la modernidad como organización dominante y de sus efectos en la producción de subjetividad, en el texto "Historia y Repetición" (Paidós, Bs. As. 1992), por lo que remito a él para un desarrollo más exhaustivo de estas cuestiones.

ción en un objeto de consumo masivo y universal, achatando las singularidades que cada comunidad imprimía a su propia producción cultural. Por lo mismo el pasaje a una cultura más volcada al espectáculo ya que es condición para su transformación en objeto de consumo, y en la misma línea su creciente internacionalización (en todas las latitudes del planeta se consumen hoy objetos culturales semejantes). Esto crea confusión entre la producción cultural, que supone siempre sujetos concretos, creatividad y producción de obras, y la apropiación de éstas, convertidas en valores de mercado, que en tanto objetos de valor restablecen la diferencia de clase social en la apropiación y consumo. Simmel llamó "la tragedia de la cultura" a la acentuación, a partir de la diferenciación del trabajo en la sociedad industrial y el surgimiento de la especialización de las tareas, a esta separación creciente entre la cultura objetiva (la que se objetiva como patrimonio común de una sociedad en sus obras, su ciencia, sus productos) y la cultura subjetiva (la producción global de los hombres en el entramado de sus relaciones).

Finalmente, cabe agregar a esta reseña el problema de una novedosa articulación entre la caída de lo público como lugar de realización individual, la emergencia de formas insólitas de corrupción, el reemplazo de la ética colectiva por la rapiña legitimada de lo estatal, instalación de un poder que se guía por la lógica de la fuerza y ya no por la fuerza de la argumentación (lobbys, grupos empresariales, multinacionales, etc.) y un discurso de naturalización de lo social, adecuado para acallar la ilusión de protagonismos ciudadanos, (por cierto inesperados).

Es en esta suerte de nuevo contexto social y cultural que deberemos reflexionar sobre la producción de individualidad.

3. De la propiedad, la constitución de lo privado y el individuo

Los psicoanalistas, obligados como estamos a desempeñarnos en el terreno de lo simbólico, hemos sido también de los primeros en señalar al lenguaje como esencial en la estructuración no sólo de la subjetividad sino también del orden social. Levi-Strauss generalizó una tesis freudiana: las relaciones de intercambio (de mujeres, de bienes y servicios, de mensajes), se ordenan mediante caminos regulados discursivamente. Las prohibiciones como las prescripciones son hechos de palabra. Una generalización aún mayor constituyó la tesis de que la frontera entre la naturaleza y la cultura es, también, de orden lingüístico, es decir, un acontecimiento inmaterial, una transformación que ocurre en superficie. El mismo enunciado freudiano que define a la pulsión como trabajo exigido a lo psíquico por su relación con lo corporal, (y que sin dificultad puede ser invertida como trabajo de lo psíquico sobre el cuerpo), estaría en la misma dirección, señalando en el individuo esta transformación (interpretación con la que,

como espero resulte obvio, no acuerdo). Aceptemos provisoriamente esta posición, la individualidad es del orden de lo simbólico, luego nos ingeniaremos para meter en ella al cuerpo, el propio y el del otro (objeto) y también a la historia (lo colectivo como formación compleja). No caben dudas que se trata de una posición sencilla y tranquilizadora. Levi-Strauss nos muestra que la frontera entre naturaleza y cultura esta hecha de prohibición del incesto, la cual, hecho sin duda de palabras, instaura una regla, es decir, algo necesariamente cultural, pero su universalidad la emparenta fácilmente con la naturaleza misma, la hace actuar como naturaleza. (Algunos han dudado y piensan que esta operación implica "hacer" la naturaleza con palabras, viejos reproches al conocido espiritualismo al cual son proclives ciertos pensadores galos.) El hecho de que se trate de una prohibición, es decir una forma negativa, no impide sino que genera una función positiva, ya que hace posible las diferenciaciones del triángulo edípico: padre, madre, hijo. Pero sus alcances, como es obvio, resultan mayores. La ley de prohibición del incesto, en esta dimensión negativa que genera positivities, separa también a los sujetos de los objetos (las mujeres por cierto son objeto, por eso se trata de intercambios ligados a ellas y hechos por los hombres), también diferencia entre las mujeres a los objetos sagrados (madre, hermana, hija) de los profanos, o sea, las que pueden ser apropiadas, tomadas, penetradas, etc.; igualmente separa a los hombres que deben someterse y cumplir con la Ley (los hijos), de los que la representan (los padres y sus figuraciones, cuya expresión mayor podemos reconocerla en la de los nobles o los dioses, que no sólo representan la Ley sino que además la hacen y no están sometidos a ella.) En esta línea se es llevado a pensar que todas las leyes culturales son generadas por transformaciones o simples versiones diferentes de esta Ley mayor. Deleuze y Guattari (El Antiedipo), ya señalaban hace años cómo la identificación del sujeto con las estructuras sociales, políticas e ideológicas, produce subjetivación y esta subjetivación lleva al sujeto a su encadenamiento al orden social. Las teorías en el campo de lo social, es sabido, juegan también esta función, ya que constituyen siempre un modo de entender la relación humana (creencia, ideología) y una política de subjetivación concomitante. Se produce así una doble garantía del orden en que se instaura la subjetividad: se garantiza que la ideología se refleje en los objetos, o en los hechos sociales objetivos, y se garantiza al mismo tiempo que se refleje en los sujetos, es decir que produzca subjetividad actuante (en cada uno de ellos, pero también en el Otro).

No descreo totalmente de esta comprensión desde la palabra y lo simbólico para inteligir la producción de individualidad, que por otra parte se ha mostrado, como teoría, eficaz para la comprensión de ciertos fenómenos humanos. Solamente creo que deja fuera, o deniega, ciertas fuerzas (la pulsión de muerte, entre otras), ciertas tensiones del campo cultural y subjetivo que, entramadas en la historia, determinan la producción de la indivi-

dualidad concreta. Por ejemplo: ¿es que la instauración de la propiedad, en su sentido más amplio, no interviene en la transición entre la naturaleza y la cultura? ¿Qué papel juega la propiedad en la constitución de la esfera privada y ésta en las formas concretas de relación entre los hombres? Si la cultura, como vengo sosteniendo, es acción humana, ¿puede ser separada de las formas de relación social, su jerarquización, los sistemas de poder ligados como es obvio también a las cuestiones de propiedad? ¿No resulta evidente, como dato histórico y como dinámica actual, el rol determinante de la propiedad en la separación de los hombres, en su diferenciación de la comunidad y por lo tanto en el reconocimiento de la individualidad? Ambas cuestiones, la propiedad y la constitución de la privacidad, la creación concomitante de espacios diferenciados entre lo privado y lo público, cualifican históricamente la constitución de la individualidad y han de tomar su forma más acabada en la modernidad con el individuo burgués. Matriz ésta de las formas de individualidad hasta nuestros días.

La dicotomía entre lo público y lo privado impregna toda comprensión de la realidad humana, al menos en el Occidente capitalista, y constituye la matriz vivencial de todo individuo. Pensemos en su papel en la legitimación del poder político, en la constitución de las normas jurídicas, en la organización de los espacios de vida, en la fuerza que adquiere en las formas en que los individuos se representan y sienten, vivencian, lo propio y lo privado y la relación con los semejantes de su comunidad como con los extraños, extranjeros, o simplemente diferentes. La modernidad no ha hecho más que sancionar de modo más radical a la esfera de la propiedad y la privacidad como esenciales del individuo. No es pertinente a este escrito, pero debo señalar en este pasaje a la modernidad y a la instauración de las democracias burguesas, al efecto de una propiedad y privacidad que deja de ser de los nobles y se extiende como derechos a todos los ciudadanos (aunque en los hechos no eran todos), y sobre todo a la constitución de la industria moderna que instaura una moral ligada a una sociedad estructurada por la división del trabajo. Individuo y privacidad, formando parte de los intercambios simbólicos, se sostienen en la existencia de la propiedad (privada). El liberalismo político no ha hecho más que defender el culto de la esfera privada, convertirlo en un ideal normativo (supuestamente para todos, aunque se sabe que no es así) y el conjunto de los ciudadanos incorporan este ideal liberal en cuanto a preservar su privacidad como el verdadero espacio de su soberanía como individuo.⁵ Las ideas de privacidad e individualidad han cobrado un sentido positivo desde la sociedad burguesa hasta nuestros días, y siguen expresando la

5 Cabe recordar aquí que la defensa de la libertad y la autodeterminación, para todos los hombres, como conjuntos de derechos individuales, constituyeron banderas esenciales del liberalismo y sustentaron todas las posiciones progresistas y de izquierda en los últimos dos siglos, lo cual es necesario advertir cuando el actual neoconservadurismo pretende adueñarse de esos valores antagónicos con sus políticas reales.

utopía liberal de una realización personal por fuera, o con independencia, del conjunto social. Es más, es observable en nuestro tiempo la ilusión del éxito que sobrellevan muchas personas considerándolo pura expresión de su experiencia personal, no ya como reconocimiento del conjunto social. Aun cuando resulta obvio que se requiere de los otros para toda realización personal, aunque más no sea para sostener el valor de los objetos de apropiación, para dar lugar a la competencia de tener lo que el otro no tiene o tiene menos. La propiedad, siendo un valor fundante de la individualidad, no puede prescindir del otro, siempre es referida a un otro que la constituye como del orden de la persona. No obstante, lo valorado, es decir, lo que la propiedad sostiene, es al individuo mismo, el que vivirá su grado de libertad y afirmación con la misma medida que cuantifica sus propiedades.

H. Béjar⁶ señala a la pérdida de la utopía de la revolución como moral de realización colectiva, la cual generaba el ideal de transformación del conjunto, como determinante de las nuevas formas de individualidad. Da sus razones: la crisis económica, el desarrollo industrial y el desempleo masivo, la decepción por el resultado histórico del socialismo real, la regulación de la sociedad moderna por una compleja red de corporaciones que dificultan la participación del ciudadano en la gestión de lo colectivo. A esto se seguiría un creciente desinterés por transformar el mundo o, lo que es más, el individuo se siente ajeno a las transformaciones reales y asombrosas en muchos sentidos, que éste va teniendo. La moral colectiva que generaba la ideología del cambio da paso al escepticismo, que algunos confunden con un "saludable realismo". El individualismo contemporáneo, que fue preconizado por las vanguardias liberales de izquierda ya que se lo anhelaba como ideal de libertad e igualdad, se transformó en la tendencia moral moderna, pero sirviendo a los fines de la descomposición del tejido social, al aislamiento y a una falsa conciencia de libertad.

La vida comunitaria de las sociedades organizadas en base al espacio de la aldea, o la ciudad, descansaba en vínculos elementales, organizados en función de la tarea en común y solidaria. Sólo la vida psíquica, las emociones, los afectos, singularizaban al individuo en sus razones históricas. La intimidad es sólo conciencia de los afectos, emociones, representaciones de la vida del conjunto. El surgimiento de las grandes ciudades con la modernidad industrial hizo surgir la expectativa de una mayor distancia del grupo social, una mayor autonomía, en la que se fortalecería la esfera de libertad personal. La economía monetaria como equivalente para todos los intercambios, el mercado como lugar de intercambio autónomo y respetuoso de las singularidades de cada uno. En este pasaje se construyó la idea de un individuo universal libre, con igualdad de derechos, los cuales le eran naturales a su ser racional, por lo tanto todos los hombres

6 Helena Béjar. *El Ambito Intimo*. Ed. Alianza Universidad, Madrid 1988.

tendrían el mismo valor. La sociedad moderna parecía la promesa para la autonomía definitiva del hombre, tanto de las coerciones y sometimientos sociales como del desarrollo de recursos que lo harían dominar la naturaleza. Pero también surgió, del mismo seno de la competencia, la desconfianza, la indiferencia, la hostilidad. La creación de la actual ciudad autónoma y anónima no generó una subjetividad más rica y creativa, sino su empobrecimiento por parcialización de su relación con la cultura y con los otros, a la par que la igualdad fue derivando en masificación y pérdida de la diferencia entre los hombres, a la vez que se hace dominante las diferencias y jerarquizaciones por el dominio creciente de la propiedad y la figura de lo que hoy se llama mercado. El individuo actual ha pasado a ser el lugar en que se expresan todas las contradicciones de la vida social. Pero no se trata de un fin de las categorías que instaura la modernidad, sino más bien de las formas y dominancias que va tomando. Como señala la autora que citamos: "El capitalismo resulta ser la realización histórica de un individuo que se piensa a sí mismo como ser plenamente racional. El 'desencantamiento del mundo' avanza junto con el progreso del individualismo. El descubrimiento del dominio íntimo, la actitud de reserva para con los demás y la conquista del mundo por medio de la acción económica racional, son las tres instancias de un mismo fenómeno, la 'individualización', una tendencia histórica que dio lugar al capitalismo."⁷

El desarrollo del individualismo como valor y la muy señalada polarización de la vida concreta entre ámbitos privados y públicos, acompañado por el desarrollo masivo del consumo de objetos, han ido conformando a lo público como masa indiferenciada, perdiendo el sentido que tuvo en la democracia burguesa de ámbito de cooperación, emulación, competencia y solidaridad. Esta masificación que se despliega al compás del individualismo no genera mayor individuación sino que se opone, dificulta, su constitución, porque la individuación supone diferenciación y libertad del grupo. Individualidad y libertad se unen justamente en el menor sometimiento a lo social y en sus potencialidades de transformarlo. Vale recordar la tesis de José Bleger (Simbiosis y Ambigüedad), que llevada al campo social muestra que la masificación es expresión de la indiferenciación, concomitante al anonimato de la gran ciudad, y dominio de la ambigüedad como dificultad creciente de discriminación. La individuación deviene individualismo, que no es más que su fracaso, ya que comporta aislamiento, indiferenciación.

Propiedad, privacidad e individualidad, organizan en la modernidad la relación con los otros y con el propio cuerpo, generando esa figura que Simmel denominó "la puerta", articulación entre el espacio propio del hombre y lo que está fuera de él. No precisamente una pared divisoria sino: "es esencial para el hombre, en lo más profundo, el hecho de que él mismo se

7 Ob.cit. pág. 125.

ponga una frontera, pero con libertad, esto es, de modo que también pueda superar nuevamente esa frontera, situarse más allá de ella.⁸

4. El manicomio en la preservación de la individualidad

El "interior" del individuo, sustento último de la idea de un ámbito de intimidad como polaridad con lo exterior, público, será identificado por el individuo burgués como el espacio de creatividad personal, singularidad plena, identificándose con el Yo como representación de superficie corporal. El narcisismo que rodea toda referencia a la intimidad, situará también en ella toda posibilidad de autoestima. Para el individuo moderno (y éste, enfático, no fue igual ni en todas las épocas ni en todas las culturas), hizo del recato y el ocultamiento condiciones principales de la preservación de lo íntimo. La vestimenta, por ejemplo, que no sólo oculta partes del cuerpo reforzando y embelleciendo la consistencia de su superficie, sino que articula valores y jerarquías sociales en relación a la propiedad. El ocultamiento concomitante del sexo (la cópula) y el mantenimiento en el ámbito íntimo de las funciones corporales. Cuestiones en que no habré de detenerme, pero no ajenas a las notables observaciones de Freud sobre el papel que juegan en la organización de la geografía erógena del cuerpo y a la vez a las formas socializantes de inscripción de una alteridad normativa. La sociabilidad burguesa se basó en esta relación preservada entre propiedad, privacidad, intimidad, singularidad individual, y serán justamente los lugares primeros sobre los que cae la represión en toda institucionalización, la de las cárceles, los campos de concentración y el asilo. Al individuo institucionalizado nada le es permitido conservar como propiedad o reconocida ésta como jerarquización; su circulación controlada y la exigencia de hablar ya que todo trato requiere de esta renuncia a la privacidad; intimidad impedida (el baño sin puertas, las puertas sin su control, las funciones corporales a la vista, el baño en común, etc.) y la pérdida de su singularidad como individuo (desde el número o el diagnóstico que reemplaza al nombre propio, la pérdida de los derechos individuales, etc.)

Toda la estética moderna está influida por estos valores de privacidad, intimidad, organizando el espacio en la diferenciación interior-exterior, que esta impregnada de la polarización (y sus valores concomitantes) de lo privado y lo público. Como lo mostró Foucault en su ensayo sobre "la locura", el manicomio forma parte de estos valores de la modernidad clásica. Desde la periferia de las ciudades al barco, los locos compartieron con los demás "desechos" de la sociedad un destino similar. Finalmente desde una exterioridad marginal que infiltraba el cuerpo mismo de las ciudades "la solución" asilar consistió en el "gran encierro", compartido en sus comienzos

con pobres, mendigos, prostitutas, deficientes, deformes. La sociedad moderna, al menos desde la Revolución Francesa, al igual que las prácticas del individuo burgués, priorizó el orden y la limpieza de sus ciudades por encima de la afirmación de una razón universal y unos derechos que se enunciaban para todos (los locos, las mujeres, los niños y los esclavos, serán los primeros en advertir las contradicciones de estos derechos universales). Lo que se considera irracional, el desvario, la idiocia, la degeneración que algunos padecen, como otras conductas que afean la vida de la ciudad, son tratados del mismo modo que la intimidad burguesa trata a lo sucio y maloliente de sí: se lo separa del espacio público, se lo fuerza o reprime hacia los lugares "especiales", se trata de que no hable ni se hable de ello. Claro que algunas familias nobles o poderosas podían alojar a sus idiotas, epilépticos o locos, en alguna torre o espacio no visible de la casa, pero no era el caso de todos. El manicomio fue, desde el comienzo, "la torre de los pobres", el lugar donde separar y ocultar lo que afeaba el espacio público de la ciudad. No es ajeno a lo que, en lenguaje militar ahora, equivale a la limpieza de un territorio. Limpiar equivalió en distintos momentos de la historia a prácticas diversas pero unificadas en sus principios: trátase de limpiar de locos y extravagantes la ciudad, desalojar mendigos de las estaciones, extranjeros de la geografía nacional, prostibulos de los centros residenciales, niños abandonados, villas miserias, negros o razas molestas. El ideal que se trata de practicar es del mismo orden. Luego vendrán las soluciones apenas diferenciadas: el encierro en establecimientos especiales para los que son diferentes, espacios restringidos para pobres, marginales o prostitución, en la idea de que son sustraídos a las miradas de los señores (y sobretodo de las señoras, que no deben ni siquiera enterarse), hasta las formas en que se imaginan "soluciones finales", como las de extraterritorializar o simplemente exterminar. No ignoro sus diferencias y dialécticas particulares; trato de evitar el ocultamiento que produce la parcialización mostrando la identidad de principios y valores que guían estas prácticas. Ya que se puede generalizar para evitar un tema específico molesto, pero también se puede hablar de un tema específico para ocultar lo molesto y evidente de una situación general.

Y esta mirada general fue justamente la que surgió en muchos psiquiatras burgueses (es decir, defensores de los valores de la individualidad burguesa), luego de la Segunda Guerra Mundial, descubriéndoles lo que hasta ese momento muchos, no todos, trataban de ignorar: la semejanza de estructuras arquitectónicas, las formas de ejercicio del poder y estilos de vida impuestos a los internados, ya se tratara de los campos de concentración nazis, las cárceles, los hogares para menores, los manicomios. Ya antes de Foucault algo había impresionado a esta mirada (Lang, Cooper, Basaglia, Bonnafe, Tosquelles, y otros): la arquitectura semejante de estos lugares, como si la estética antropomórfica que los caracteriza mostrara e hiciera hablar a aquello que permanecía mudo.

8 G. Simmel, "El Individuo y la Libertad", ed. Península, Barcelona, 1986, pág. 31.

Desde entonces la atención se centró en el muro, éste es el símbolo de la figura de "la puerta" de Simmel impedida, fracasada. El muro nos muestra que impedida la libertad, regulado el poder de la palabra y de la acción, abolidos los derechos de la persona, el individuo queda abolido, transformado en desecho, tratado como tal. Nuevamente, el muro restablece la polaridad de los espacios públicos y privados. El manicomio no es precisamente un espacio público, como algunos confunden, ninguno de sus rasgos se asemejan. Se trata de un privado monstruoso (así llaman algunos al "excusado", lugar de desprendimiento corporal de los excrementos), oculto a las miradas; su interior debe ser asegurado. Monstruoso porque es una masificación del individuo, de la abolición de su intimidad burguesa, donde lo de privado toma el sentido de privación, privación de lo privado. Lo público son las plazas donde los individuos dialogan, se solidarizan tras un reclamo o algún anhelo, son los espacios donde se comparten experiencias o donde se libran las batallas cotidianas por ocupar lugares anhelados. Lo público es la polis, la ciudad que se forma en base a ciudadanos, la individualidad actuante en un espacio donde sus derechos de ciudadanía (o sea, de miembro reconocido por el conjunto como parte de él). Y lo que estoy simplemente señalando resulta obvio en el lenguaje popular: la plaza, el espacio público, se convierte en loquero o manicomio en cuanto se pierde el recato, la intimidad, la privacidad de los actos corporales (la cópula, la defecación, la micción, el vómito, los espacios que diferencian y separan los cuerpos). Inversamente el manicomio es la estrategia social para hacer controlable, regulable, la locura o el desecho, el muro que restablece un exterior libre de ellos, limpio, razonable. La masa del interior, pérdida su condición de individuos, de su libertad, de sus derechos civiles, de sus responsabilidades penales (es decir, la de ciudadano ante las leyes de la ciudad), pasa a constituir un "interior" privado, masificado por una identidad de trato y de destino. El poder, la represión, la dominación, arranca siempre de una igualación de los sujetos que trata.

Esta fue, a mi entender, la función del asilo en la modernidad. La institución de una individualidad de estas características, su lugar social es la diferencia con un espacio público en el que los individuos pueden preservar su privacidad, su propiedad, su libertad, su intimidad, su ejercicio racional de la responsabilidad, su ser de trato y sociedad, liberados de aquello que, dentro o fuera de sí, amenaza estos valores. La individualidad burguesa necesitó el manicomio, como necesitó cárceles, inventó campos de concentración para los "diferentes" (de raza, de origen, de cultura, etc.), protegió la prostitución para conservar a sus mujeres "sagradas", necesitó institucionalizar la infancia, pedagogizándola, considerando al niño como "tabula rasa" sobre la que inscribir sus valores y su moral, demarcó los lugares de la miseria y sus límites, etc.

No es sólo de los psiquiatras la responsabilidad del manicomio. Es la sociedad moderna quien lo inventa y lo necesita, ellos, los psiquiatras sólo

se prestaron a legitimarlo, a rodearlo de una imagen de racionalidad "científica" que en su conciencia nunca estuvo afirmada, siempre buscada por otra parte como lo atestiguan los innumerables laboratorios que trataron de montar en los hospicios. Aquí también la medicina sirvió para ocultar el todo social. Domingo Cabred, que ha comienzos del siglo construyera la mayor parte de las actuales Colonias para alienados en todo el país, en base a un mismo proyecto arquitectónico, bien entendió esta polaridad de lo público y lo privado y las funciones de limpieza que competían a la disciplina que encarnaba. Todas estas colonias se identifican por su arquitectura exterior y su organización y funcionamiento interior. Construidas un tanto alejadas de las ciudades (la idea de rehabilitación se asociaba superficialmente con la proximidad con la naturaleza) ocultas a las miradas ciudadanas, muy pocos se preguntaban por lo que albergaba su interior. Sólo un vago temor por "los locos", el malestar por un olor característico que de ellas se desprendía, la intuición de que "otros" seres humanos habitaban esos lugares, señalaban su conciencia denegada del drama humano segregado y vigilado. Las imágenes del desagrado y la degradación sostenían, sostienen, los temores de que lo de "adentro" irrumpa en el afuera, es decir, en el adentro de cada uno, en sus vidas, su privacidad, su propiedad, su intimidad. Lo reprimido es la exteriorización de la locura, no su existencia "interior". Todos los fantasmas que despiertan la locura y los manicomios están referidos a estas variables. Oskar Panizza, curioso psiquiatra alemán de comienzos del siglo, imaginó y propuso a las autoridades de su país la construcción de espacios semejantes a los manicomios para albergar a los que por entonces, ciudadanos como él, conmovían la vida ordenada y apacible de algunas ciudades de Alemania. Con una notable ironía, escribió: "Me atrevo a introducir en el ámbito académico de la Psiquiatría una nueva forma de enfermedad, la "psicopatía Criminal", lo hago con la firme convicción motivada por copiosas evidencias de la realidad, especialmente del ámbito forense y sabiendo que a este respecto existe una sensible laguna en el sistema científico y en las doctrinas de la mayor parte de los manuales..." No es preciso retroceder mucho en el curso de la historia para las horribles devastaciones que estos obstinados, siempre propensos al contagio de todas las psicosis, provocaron en la vida de los pueblos. Y justamente ahora, cuando el recuerdo de los sucesos de los años 1848 y 1849, en su cincuenta aniversario (se refiere al conocido estallido en Alemania de los movimientos populares y campesinos) lanza al mercado numerosos escritos y libros ilustrados, se nos revela claramente, al hojear esta literatura, cuánto habría podido evitarse si esta "psicopatía criminal", y entonces no se trataba sino de esto, hubiera tenido un lugar en el ámbito de la investigación psiquiátrica. Con un puñado de jueces doctos, con peritos científicamente formados, con jurados perspicaces, con funcionarios diestros en la dialéctica, con guardias hábiles, habría podido evitarse todo el derramamiento de sangre, el griterío contra la tiranía, los

sufrimientos de la prisión y la tortura, la emigración de los más valiosos hijos del país. Un gran Manicomio de dimensiones adecuadas entre los ríos Neckar y Rhin, algo así como del tamaño del palatinado y justo sobre el mismo suelo donde merodeaban las cabezas más turbulentas, habría ahogado en germen, en cuestión de semanas, la criminal agitación —la epidemia de psicosis diría yo— ahorrando así mucho dolor a la patria.⁹

Panizza revela, en su irónica propuesta, la capacidad de esta organización disciplinaria de los espacios sociales para la adecuada pulcritud, moral y política, de la ciudad moderna. La Psiquiatría de entonces, gestora de la interioridad de almas y hospicios, teorizaba acerca de la alienación (los famosos hospitales para alienados y ellos mismos denominábanse "alienistas"), que en los hechos no era más que la idea de una individualidad pérdida, equivalente a un estado de fusión-confusión con el otro, ignorantes al mismo tiempo de lo que la institucionalización y sus teorías y prácticas aportaban a esta pérdida de individualidad. Hegel había mostrado el lugar necesario de la alienación en la constitución de la conciencia, al igual que la función de la violencia y el poder en el devenir ontológico humano, lo que constituyó un suelo al pensamiento moderno de la individuación. Lo que él mostró a través de la dialéctica del conflicto entre el amo y el esclavo debía haber mostrado a los psiquiatras de entonces que esa dialéctica se establecía entre el hospicio y la sociedad, entre la individualidad burguesa y lo que expulsaba-dominaba-reprimía de sí, y no en una sustancialidad alienada de la cual se derivaba el poder que sobre ella ejercitaban. Pero, como resulta obvio, la Psiquiatría y los psiquiatras forman parte de la modernidad y sus formas orgánicas de encauzar la relación humana.

Modernidad, individualidad, privacidad, constitución del ámbito de lo íntimo, preservación del límite entre interior-exterior que caracteriza esta forma de individualidad y la arquitectura en que se conformó el espacio manicomial, correlato, como vimos, de la conservación de un espacio público limpio de lo degradado y lo desagradable, mantenimiento de una socialidad que requería de la expulsión-represión de lo interior (instinto, pasión desenfrenada, el homo hominis lupus de Hobbes), son las razones esenciales de la existencia de los manicomios en la modernidad. Los psiquiatras llegaron luego, vinieron a administrarlos, la sociedad, puede decirse, demandó a "la ciencia" la solución de ese problema. La medicina mental legitimó al hospicio; bien o mal, se intentaba hacer de él algo terapéutico. Los que más lo intentaron, o más verdaderamente lo asumieron, fueron los primeros en girar su atención hacia el internamiento mismo y pasaron a denunciarlo. Sin embargo, no fueron sus crisis, su ineficacia demostrada, su horror en quienes lo habitaban o lo visitaban, suficientes para realizar su abolición. La sociedad misma los defendió en más de una

oportunidad, cuando psiquiatras reformadores pretendieron abrir sus puertas, o mejor dicho, poner simplemente la función de puerta, de entrada y salida.

Las condiciones han cambiado en la cultura y la vida social, ya sea que estemos ante una crisis de lo moderno y sus valores, ya sea, como algunos piensan, que la modernidad ha dado paso a una nueva época del hombre. En todo caso debemos reconocer que, junto a los cambios objetivos en la sociedad (economía, tecnología, producción, relaciones de trabajo, de pareja, etc.) han estallado muchos de los sentidos preexistentes. Podemos ahora preguntarnos por estos cambios y las nuevas relaciones con el manicomio, o, cómo se situará el manicomio frente a estos cambios. Como toda pregunta la nuestra es parcial y selectiva, y habré de recortar el nivel en que quiero situar mi reflexión. La formularé del siguiente modo: ¿Hay alguna relación entre las nuevas formas de individualidad, producción de subjetividad y cultura, y las propuestas activas de desmanicomialización? Para ello deberé hacer un nuevo rodeo a fin de intelegir las formas que va cobrando la individualidad en la actual modernidad, la organización de la ciudad y la nueva conformación de la intimidad.

5. Subjetividad e individualidad en la cultura actual

Quiero al comienzo de este punto adelantar mi propia posición: es indudable la existencia de cambios importantes en la producción de subjetividad y formas nuevas de la cultura, con el correlato de una individualidad diferente a la hasta aquí conocida, pero no comparto la idea según la cual estaríamos frente al asomo de una nueva época, que con ingenuidad o picardía han dado en llamar posmoderna. Creo más bien que asistimos a un paroxismo de la individualidad moderna, a la llegada de un límite, insospechado hasta ahora, en el cual el "vale todo" de la decadencia, el estallido de los sentidos, dan lugar a formas novedosas de subjetividad, y debieran hacernos pensar en la proximidad de un reordenamiento de las significaciones, de los valores, y de la moral burguesa. En verdad, lo que cayó, es la moral revolucionaria, la de lo social como lugar de realización y de libertad, es la individualidad que el socialismo imaginó, y muchos seguimos deseando para la humanidad, la que parece haber entrado en un eclipse. "Todo lo sólido se desvanece en el aire", tituló M. Bernmann su libro sobre la actual modernidad, retomando una percepción de Marx sobre lo que en el siglo pasado se anunciaba como un reordenamiento de la imagen del mundo. En cierto sentido la hipótesis puede parecer reduccionista, quizás lo sea, quizás simplifique un mundo complejo que requiere de pensamientos complejos. Capitalismo y modernidad son inseparables, los cambios de uno son los cambios del otro. El ideal del progreso, con todas las variaciones que admite, el ideal de enriquecimiento y de proyecto, de maduración, crecimiento, desarrollo (rasgos esenciales de la

9 Oskar Panizza, "Psicosis Criminal", Ed. José J. de Olañeta, Barcelona, 1962.

subjetividad moderna, capitalista), sigue gobernando la forma de individualidad. Y todos estos valores asientan sobre, tienen su fundamento en, la apropiación privada económica. Recordemos un instante a W. Reich, aquel en que propuso la idea de la existencia de una "pulsión capitalista", ya que pensaba, que la fuerza del querer, del deseo (palabra tan gastada por mérito nuestro, psicoanalistas), es "también" apropiarse de algo del otro. Y no solamente de su deseo, como lo sugiere la dialéctica idealista hegeliana, sino también de su cuerpo, su voluntad, su fuerza de trabajo, aun de su pensamiento.

No cabe dudar sobre que la noción de individuo es central al liberalismo, y su valor principal, que puede llevarse a los niveles actuales, es el individualismo. Moral del egoísmo, el otro es secundario a sus valores e intereses. Hobbes (*Leviatán*) ya advirtió sobre que el amor a sí mismo y el egoísmo son tendencias innatas del ser humano. Freud lo cita en su celebre *Homo hominis lupus* (el hombre lobo del hombre). (Un humorista argentino, la Mafalda de Quino, decía: "no se amasa una fortuna sin hacer harina a los demás"). Está claro que el individuo, aun bajo este valor del individualismo, requiere siempre de los otros. Por lo mismo la propiedad, la privacidad, constitutivas de la individualidad, son siempre relaciones. Antes lo englobamos en la idea de lazo social, como concepto que permite abarcar la complejidad desde un punto esencial.

Digo que asistimos a un paroxismo de esta individualidad. Algunos (Lach, Lipovetsky) lo han llamado "narcisismo social". Freud lo adelantó en su ensayo sobre el malestar en la cultura. Podemos aún hallar formas de inversión de los valores del individualismo, pero eso no es señal de su transformación, sino sólo uno de sus paroxismos. Es cierto que el individuo actual no muestra buscar su desarrollo, su libertad, en el refugio de la privacidad. (Ya vimos que ésta forma parte de las relaciones sociales y de sus valores). El individualismo actual lleva a formas de aislamiento; el individuo parece crecientemente insolidario y débil, escéptico, atemorizado por el contacto emocional con los otros y consigo mismo. Hay señales de las contradicciones en que esto se desenvuelve: la valoración del cuerpo (gimnasias, dietas, medicalización, etc.), la intimidad terapéutica por las prácticas "psi". Crecer sin envejecer, comer sin engordar, expulsar las calorías para consumir más. Consumir, consumir, medir el consumo, alarma de que el consumo disminuya y a la vez tratar sus excesos: esfuerzos para adelgazar, drogas en busca de la felicidad y las adicciones, el alcohol de los pueblos sanos y la prevención del alcoholismo, estar sedados, y tranquilos, con afectos regulados, y a la vez controlar la adicción a los psicofármacos, videos eróticos, violaciones disfrutadas en la pantalla y reclamo de mayor seguridad. Nos excitan todo el tiempo, con todos los medios, o sea, a través de los medios (con los que se cuenta para ello), pero para embotar e impedir, para evitar el deseo y la reflexión. Política de la saturación.

Europa hizo creer al mundo que dominó y colonizó, es decir a los millones de personas de ese mundo, que de eso se trata, que los derechos del hombre eran universales y naturales en tanto todo ser es racional. Ahora enfrenta una disyuntiva trágica: esos hombres, racionales, universales y con derechos, seres concretos y singulares, se extienden por su territorio. No como los europeos para colonizar, sólo para sobrevivir. Se los llama inmigrantes. También invasores, negros, sucios, feos, malos. ¿Qué hacer?, ¿Qué hará Europa? ¿Integrarlos, como el humanismo contradictorio de los EE.UU. debió integrar a sus viejos esclavos negros, o aniquilarlos? Los derechos del hombre, el estado democrático, el hombre como ciudadano, lo que está sucediendo con estos fenómenos no pueden leerse por fuera de estos valores del capitalismo moderno. Una simple mirada a la vida de las grandes ciudades muestra rápidamente que han cambiado las formas de lo público y lo privado. Pero el individualismo es paroxismo del valor de la individualidad, no un producto extraño. La polarización de la vida entre ámbitos públicos y privados, como hemos visto, a la cual se agregó luego el paroxismo del consumo de objetos, lleva por camino directo a que lo público pierda su carácter de cooperativo, solidario, para transformarse en ámbito anónimo de una indiferenciación, de una masificación de toda individualidad. Creo que es esta aparente paradoja la que debemos captar: un individualismo exacerbado acompañado, y en parte producto, de la masificación. La individuación requiere ciertamente del otro desde el inicio, pero solamente en su desarrollo el otro podrá llegar a ser ajeno, otro en su plenitud de trato y sociedad. Es sólo en ese momento que lo psíquico adquiere forma de individualidad, sujeto, identidad. **La fuerza social y cultural actual empujan hacia la indiferenciación, el otro es enemigo, a la vez que masificado y anónimo.**

Jean-Pierre Vernant, analizando la polis griega, igualitaria y no jerárquica como la ciudad moderna, señala: "La ciudad define al grupo de quienes la componen situándolos en un mismo plano horizontal. Cualquiera que no tenga acceso a este plano queda fuera de la ciudad, fuera de la sociedad, en última instancia, fuera de la humanidad, como el esclavo."¹⁰ El individuo sólo es ciudadano si forma parte de la vida social de la ciudad, con sus derechos y obligaciones, en el desenvolvimiento de su vida cumplirá los consensos normativos de la sociedad, a la vez que habrá contribuido con ella a formarlos. Sino será meramente habitante, poblador, no ciudadano. Cosa que, como vimos antes, no es tolerado por las formas clásicas de individualidad burguesa. Lo nuevo al respecto es que el poblador, el habitante no ciudadano, el que permanece marginado de los derechos ciudadanos y al margen de las normas de la ciudad, ya no es emigrado a la periferia, fuera de las murallas de la ciudad, y no siempre es encerrado en establecimientos especiales. Ingenuamente algunos creen ver

10 Jean-Pierre Vernant. "El Individuo en la Ciudad". Ed. Paidós, Barcelona, 1990.

en esto una sociedad más tolerante. Se trata de que la ciudad actual tolere esta marginalidad en su "interior" mismo. La producción de marginales, de pobladores para insistir con la diferencia, es creciente y crecientemente también dan una fisonomía de diferencia y diversidad al panorama urbano.

J-P. Vernant distingue el individuo "stricto sensu", como aquel que define su papel y su valor dentro de la sociedad, es decir, aquel que, gestor de su autonomía, la realiza dentro de los marcos normativos e institucionales. El Sujeto constituye un momento singular, cuando el individuo se expresa en primera persona, es decir, hablando en nombre propio puede enunciar rasgos, emociones, opiniones, que hacen de él un ser singular. Mientras que el Yo, la persona, refiere al conjunto de comportamientos, vivencias, emociones, formas de relación, experiencias históricas, que dan al sujeto una dimensión de "interioridad" y unicidad, intimidad en que asienta la conciencia de sí mismo como individuo singular. Los tres, individuo, sujeto y persona (Yo), deben guardar cierta coherencia entre sí, lo que equivale a que la construcción de sentidos, la aceptación de significaciones consensuales, juegan en una dialéctica entre el individuo y su vivencia de singularidad. No es posible la constitución de un espacio de intimidad si a la vez no hay una individualidad sostenida en los modos orgánicos de vida social. Creo que asistimos, en el espacio moderno de la vida social, a un dislocamiento de estos aspectos. [El crecimiento del individualismo conlleva a una subjetividad (que prefiero a la idea de sujeto) dislocada de los referentes de alteridad, quitando sustento a la construcción de singularidades históricas y vivenciales. Y a un Yo volcado sobre sí mismo, deshistorizado, despersonalizado se puede decir, se hace sólo cuerpo, comportamiento, objeto, aun cuando éste sea razón de una preocupación estética o una intensidad erótica.] Recordemos a modo de ejemplo el film "Nueve semanas y media". Una relación de pareja, cuyos modos de encuentro, las imágenes de intensidad y la liberación de lo erótico, requieren la construcción de un espacio cuasi marginal, al menos a lo que al mismo tiempo el film sugiere como formas consensuales de pareja. Un intermedio en que la relación se debate en torno a "el extraño" y la intimidad (mostrada como interioridad de los armarios, que contienen la "verdadera" identidad del extraño). Una norma, o mejor aún, una condición para esa relación: el anonimato; ella no debe investigar en el "interior" de su armario ni en el de su persona, su historia. Curiosa e interesante amalgama entre un rostro enigmático, silencioso, (muy bien logrado, por otra parte), y la intensidad del encuentro erótico. Ella no "resiste", abre el armario, busca saber, integrar en la identidad y la filiación, quien tanta intensidad corporal despierta en ella. Ha sido puesta a prueba, el considera roto el "pacto" de la relación, que, se revela finalmente, consiste en estar juntos y gozar de la totalidad de sus cuerpos sin estar a la vez interesados en la "interioridad" del otro, en la persona. Drama final: rota

la posibilidad de toda relación: el extraño, enigmático, que hacia de eso todo su poder, quiere ahora hablar de su pueblo, quienes fueron sus padres, que hacían, que fue de su niñez, cómo llegó a la gran ciudad, sus penurias, sus ambiciones. Ella lo escucha sorprendida, quizás hasta ese momento parecía interesada en su historia, pero ya es tarde, se marcha y la cámara la muestra pérdida en el movimiento intenso, incesante, anónimo, de la multitud que camina por Nueva York. Paradigma de lo que trato de mostrar, cuál es el dislocamiento entre una individualidad producida socialmente, una subjetividad crecientemente dificultada en la apropiación, singularización, por lo mismo en la enunciación en primera persona, y un Yo, la persona, deshistorizada por cuanto ya no puede referir el conjunto de sus comportamientos y vivencias a una individualidad socialmente constituida ni a una singularidad subjetiva que pueda enunciar-se en una historia de filiación e identidad. El film muestra esa paradoja: cuerpos sin historia, intensidades fugaces que no construyen subjetividad, cuando la historia (filiación, identidad) emerge, no lo hace para consolidar una historia de amor sino para mostrar su no lugar, su imposibilidad. La relación de amor imposible, dislocada su intensidad erótica de toda individualidad, de toda historia, deviene impersonal, sin historia, sin lugar. En su final: el "hiperespacio moderno" de las grandes galerías. Una multitud de hombres solos, cuyos encuentros, parciales, transitorios, los devuelve incesantemente a esa multitud innominada. Reflexionemos entonces sobre las nuevas formas de vivenciar la intimidad.

6. Los modos actuales de la intimidad

Ortega y Gasset denominó "personalidad del refugiado" a la de aquellos individuos en quienes la vida privada ha devenido en algo imperioso, como ámbito único de realización personal. Existe en ellos una necesidad imperiosa de los demás, pero los demás sólo son utilizados como afirmación de la propia conciencia de sí, como señal necesaria de la propia existencia y de su valor. Esto que observara Ortega y Gasset puede constatar hoy como fenómeno mucho más extendido. El declive del hombre público, que analiza R. Sennett por su parte¹¹, pone en primer plano la pérdida del sentido de lo colectivo como carácter propio del hombre actual, lo que vincula con una exacerbación de la naturaleza íntima de los individuos, o, para ponerlo en otros términos, paroxismo de la subjetividad que termina por ignorar su naturaleza de cultura y sociedad. Nuestro autor señala algunos componentes de lo que llama "la ideología de la intimidad" actual, dominante. Seguiremos sólo en parte sus ideas.

11 Sennett, R., "El declive del hombre público", Ed. Península, Barcelona, 1978.

No caben dudas sobre la existencia en grandes sectores sociales de una intimidad destructiva, "Gemeinsschaft destructiva", como él la llama, en tanto se trata de identidades construidas sobre la crispación de una diferencia que convierte al otro en enemigo potencial. Si observamos a los grupos marginales étnicos, de pobres extremos, raciales, religiosos, etc., es detectable la necesidad de sostener la propia identidad sobre la base del otro como enemigo. Esto sostiene el imaginario de la lucha y la afirmación. Los mantiene en juego, podría decirse, en tanto hace de su marginalidad una dinámica esperanzada. Cuando los recursos de la democracia y los derechos de ciudadanía se desnudan como no igualitarios o simplemente inexistentes, el fundamentalismo, de cualquier tipo, permite reorganizar la masa, la identidad se consolida. En estos grupos la intimidad debe ser develada, sostenida más en el ideal colectivo que en el recato o la privacidad. Su equivalente, aunque no idéntico, es la intimidad construida en relación al experto, al especialista, para sectores amplios de la población, fenómeno del que me ocupé en un texto anterior al analizar las nuevas demandas en Salud Mental.¹² Se trata del dominio, en la cultura urbana actual, de una dimensión psicoterapéutica. No sólo en los divanes de los psicoanalistas, sino en los diversos "confesionarios", en los que las personas develan su intimidad en relación a un otro que escucha, pero que toma el lugar de un terapeuta o especialista. De él suele esperarse la resolución de numerosos problemas de la vida: la soledad, el fracaso de pareja, la mala suerte, el tiempo libre o el empleo ausente, el envejecimiento o la belleza. Como señalaba R. Castel en su análisis de la gestión de los riesgos, se instala un curioso ideal de "autenticidad" (se trata de ser "único", no copia de nadie y no tiene que ver en absoluto con la sinceridad, valor por cierto menguado). Ser auténtico, en este sentido, no es diferenciación que aporte a una individuación lograda. Por el contrario suele ser sólo distancia del otro que en general es reactiva a sentimientos de fusión mas arcaicos. Por eso con frecuencia se trata de una autenticidad que coexiste con la falta de respeto al otro, la consideración de la alteridad como diferencia, la ausencia de ternura o discreción. Esta dimensión de la autenticidad es destructiva, coincidiendo con Sennett, en cuanto se trata de una pasión por el propio yo, pasión destructiva si la hay, como lo evidencia toda la psicopatología de los estados pasionales, en los que domina la fusión con el otro, la especularidad, o lo que ya Bleger denominó la ambigüedad.

La vida privada en la actualidad gira en torno del ideal subjetivo del desarrollo personal, la afirmación de sí mismo, lo que lleva con frecuencia a muchos a una visión de la realidad demasiado cercana a su propio yo. Desde esa privacidad la sociedad deviene ámbito de lo impersonal, fuera del interés del yo, algo que se contempla pero no se vive, algo engañoso o alienante. Observaciones próximas a las que teorizan sobre la existencia de

12 - E. Galende, "Psicoanálisis y Salud Mental", Ed. Paidós, Bs. As. 1990.

un narcisismo social como cultura moderna, dominada por el individualismo y la insolidaridad. Dice Lasch: "Nuestra sociedad, lejos de fomentar la vida privada a expensas de la vida pública, ha convertido las amistades profundas y duraderas, las relaciones amorosas y los matrimonios estables, en algo más y más difícil de alcanzar", y agrega, "Las relaciones personales se han ido transformando en un combate continuo."¹³

No ajena por cierto a lo que Daniel Bell caracterizó como "sociedad postindustrial", la intimidad ha pasado a ser, de una interioridad que imponía recato y privacidad, una superficie a exhibir, afectos y emocionalidad de nuevo tipo, guiados más por la "sensación" de la experiencia inmediata que por el sentido y la reflexión. El debilitamiento de la temporalidad histórica, como estructuración intra e intersubjetiva, su correlato en las formas de vida colectiva, el dominio de la imagen o el simulacro, dan lugar a esta superficialidad en la que estallan los sentidos, dominan las intensidades, la contemplación, la banalización de lo íntimo o las formas más degradadas de la frivolidad. Y cabe también decir (ya que quien esto escribe es un psicoanalista), que este dominio de la superficialidad ha invadido todos los terrenos, se ha hecho para algunos teoría (a la que mucho ayudó el estructuralismo), poniendo en crisis todos los modelos previos de profundidad, entre ellos, el de la psicología psicoanalítica.

7. De la profundidad al pragmatismo y la superficialidad

En el prólogo en el teatro, el Bufo dice¹⁴:

*"La vejez no añiña, como decirse suele,
tan solo nos encuentra todavía como niños auténticos."*

Freud habrá de mostrar a la historia como concepto nodal en la estructuración subjetiva. Su modelo de pensamiento refleja una percepción de la dimensión de lo mental como complejo y a esa complejidad como estratos de profundidad (no cronología) en la estructuración misma del sujeto psíquico. Lo manifiesto y lo latente se comprende en este modelo de profundidad. El dominio de los modelos teóricos de superficie, además del reemplazo que se proponen de todo pensamiento de lo profundo, del conflicto y de la lucha, implican también un dejar de lado la idea misma de constitución subjetiva en el seno de una historia, en la que se define la totalidad del problema de la alteridad. Fredic Jameson sostiene que la caída de la individualidad burguesa (uno de cuyos temas de moda es la "muerte del sujeto"), supone también la caída de las psicopatologías sustentadas en ese sujeto histórico. Es fácil ver desde nuestra cita de

13 - Lasch, C. "The Culture of Narcissism", Ed. Warner Books, Nueva York, 1979, pag. 69.

14 - J.W. Goethe, Fausto, Ob. CII.

Goethe (no ajena al modo psicoanalítico de la "psicología abisal"), al pragmatismo terapéutico actual, de qué cambio se trata. Con cierta repercusión en los medios, una de las sostenedoras de estas nuevas terapias del pragmatismo americano (Cloe Madanes), en los refinados ámbitos de Punta del Este, mostraba como central la idea de acción en la sincronía del acontecer y la reparación por el acto del perdón. No dudo que "el éxito" de estas propuestas asienta sobre la caída, al menos en nuestro tiempo, de la moral revolucionaria que se sustentaba en la crítica superadora de la individualidad burguesa, fundando el proyecto de una ética de solidaridad y una autenticidad que se sostenía en los modelos de profundidad. La realidad no acompañó estos anhelos. La crisis de la individualidad burguesa sobrevino y tomó otros rumbos. La división del sujeto se hizo multiplicación, que entiendo como paroxismo de esta individualidad, no su transformación, porque creo que estamos no frente al surgimiento de "lo nuevo", sino sólo ante la decadencia de lo viejo. J. Bleger, en el tiempo que la muerte lo sorprendió, escribía sobre la dominancia de lo esquizoide como nuevas formas de fragmentación en la subjetividad que comenzaba a insinuarse. Las mismas ideas sobre la alienación del hombre requerían de un modelo de profundidad. Las de la fragmentación del sujeto remiten a una superficie, o en algunas formas más triviales, a la imagen y el narcisismo en su versión no histórica. La superficie del síntoma, aun aceptando que el síntoma sea un problema de superficie, requiere su desentrañamiento en lo infantil (sexual, polimorfo), en lo inconsciente que rechaza la temporalidad histórica sin dejar de ser ambas cosas, lo pulsional, lo primario, etc. El síntoma, el lapsus, el sueño, aun el carácter, requieren de la profundidad, cuyo modelo psicopatológico han sido las neurosis. Los que sostienen hoy la idea de las patologías narcisistas, como nuevas dominancias, suelen remitirlo al carácter, al reconocimiento, a la autoestima, al cuerpo, al yo mismo como superficie, comprendido en un modelo plano, que parece no requerir de la historia de constitución de estos fenómenos. F. Jameson señala que lo que viene a sustituir estos modelos de profundidad son esencialmente las ideas de las prácticas discursivas (que son lineales, tienen soltura en prescindir de la dialéctica y de lo histórico), y las de intertextualidad en las que también la profundidad se sustituye por la de superficies múltiples, en las que una lleva a otra.

Profundidad o superficie no son sólo modelos teóricos, son también formas de estructuración de la vivencia subjetiva, ponen en juego valores sobre lo humano, orientan las conductas prácticas. De allí que debamos vincularlas con las formas de individualidad. Y por lo mismo con la moral, con el bien y el mal en las tendencias y los actos de los hombres. Mientras las teorías toman más estos modelos de superficie, el individuo se muestra más superficial, y las conductas prácticas reniegan de preguntarse por el sentido del bien o del mal, ¿no estamos frente a un conjunto relacionado de problemas? Coincido con F. Jameson sobre la trivialidad de los juicios

morales sobre el posmodernismo, tanto los de la derecha como los de cierta izquierda. El crítico que absolutiza su juicio moral suele denegar ser el mismo parte de la historia. Pero no creo que sea posible un intento dialéctico de reflexionar sobre el presente prescindiendo de sus aspectos morales. En definitiva se trata de pensar sobre lo mejor y lo peor para el presente y el futuro del hombre, es decir, también el nuestro. Lo trivial consiste en denegar de la realidad recubriéndola con el juicio moral, para enterrarla o enaltecerla. F. Jameson ha escrito al respecto¹⁵: "Pero un análisis dialéctico e histórico de tal fenómeno (el posmodernismo) particularmente cuando se presenta como un problema del presente y de una historia en la que vivimos y luchamos, no puede afrontar la lujuria deteriorante de los juicios morales absolutos: la dialéctica está más allá del bien y del mal en el sentido de tomas de posición ligeras y fáciles, por eso es que su visión histórica posee un espíritu glacial e inhumano (algo que ya había perturbado a los contemporáneos de Hegel acerca de su sistema). La cuestión es que nosotros estamos en el interior de la cultura del posmodernismo hasta un punto tal, en donde su rechazo sin más es tan imposible como cualquier festejo irreflexivo y ambas se igualan como actitudes complacientes." Es decir, no renunciamos a la valoración de lo que pensamos mejor para el hombre, pero tampoco nos negamos al análisis reflexivo de la realidad histórica. Y ese análisis nos muestra hoy estrechas relaciones entre las formas de individualidad, los modos en que se organiza la subjetividad, las formas que toma la vida social, los modos de la cultura y las direcciones dominantes en el pensamiento teórico. Es en este contexto amplio y complejo donde debemos situar el análisis y las propuestas de acción sobre el problema de los manicomios. En esto toda simplificación, todo reduccionismo, llevan a voluntarismos estériles o, peor aún, pueden terminar alentando aquello que se proponen combatir. Me refiero a la marginación del loco. Para ello, para retomar de lleno el problema del asilo, volveremos a situarnos en la ciudad actual.

8. De la locura en la ciudad posmoderna¹⁶

Las condiciones en que se desenvuelve la vida en la gran ciudad posmoderna es reflejo y consecuencia de la llamada integración del mundo por la economía capitalista en su actual desarrollo. Bajo cierta apariencia de quietud e indiferencia, de automatismos de los ritmos de vida y trabajo, aun de cierta organización de espacios en función de eficacia y utilitarismo, y de la convivencia de sujetos cuya diversidad de origen geográfico,

15 F. Jameson, "Ensayos sobre el Posmodernismo", Ed. Imago Mundi, Bs.As. 1991, pág. 100.

16 Parte de estas consideraciones fueron publicadas en un artículo de mi autoría en la revista "Desbordar", N° 4, abril 1992.

étnico, religioso, de estilos singulares y tiempos traspasados, alberga también en su interior la tensión de diferencias devenidas antagonismos, fragmentaciones en sectores sociales dedicados a la sobrevivencia de sus identidades en proceso de desintegración. El polimorfismo de las vidas singulares, la fragmentación de la vida social, y aun la diversidad de personas que encarna cada individuo, hacen opaca las singularidades históricas y culturales que los constituye. En un panorama caleidoscópico de formas subjetivas diversas sorprende la indiferencia común, que lleva a confundirlo con una tolerancia mayor a la de otras épocas, con el diferente. El loco, bajo las formas clásicas en que la locura se expresaba, no resulta ya un sujeto discordante entre tantos individuos cuyas rarezas se han significado como pura señal de diferencia, de origen geográfico, racial, religioso, social. Señal o disfraz, pura máscara sin sentido ya que no esta en verdad dirigida a nadie para ser captada. Uno de los rasgos manifiestos de esta cultura urbana está dado por una estética que reúne en continuidad estilos y épocas diversas, nostalgias de pasados no vividos más que en la pantalla de los televisores, anhelos que no se distinguen de la masa de modelos de futuro propuestos por los medios de comunicación, uniformidad de modas que crispera al extremo la afirmación de las identidades singulares. Cabe caracterizarla por la presencia de una representación de "pastiche", como la denominó T. Adorno.

Esta cultura, y las políticas que la desarrollan y sustentan, ya no se preocupa por los individuos marginados ni por aquellos cuya marginación contribuye a producir. Esto también ha sido privatizado y tiende a ser asumido por los individuos como del ámbito de lo privado. En este contexto de intimidades superficiales y de individualidad masificada, la separación interior-exterior que señalamos antes, tiende a ser identificada en exclusividad con la propiedad, desgajada de los valores del individuo y la sociedad que necesitaba separar, limpiar de sí, aquello que la afeaba. A modo de ejemplo: ese mundo interno de objetos parciales persecutorios, que dan lugar a las fantasías que Melanie Klein desentrañaba en esa dialéctica de la identificación proyectiva e introyectiva, (que progresaba hacia una diferenciación entre interior-exterior, concomitante con una mayor integración del sujeto y del objeto de la relación) es notablemente cercano a lo que puede contemplarse en la pantalla de los televisores, y no sólo en las formas dramatizadas de la ficción sino a veces en las imágenes de la realidad actual. Lo raro, lo discordante, lo maloliente, la desnudez, la pasión individual, se convierten en estilos y modas. El inconsciente, singularización de una historia, es también hoy objeto de la colonización por los medios masivos. Como nuestro cuerpo, sus ritmos, su estética, su funcionamiento, su erogeneidad.

Es posible que en algunos sectores de la vida social urbana se haya producido una cierta inversión de valores, por la cual, lo que antes requería del ocultamiento o la limpieza se manifieste como la exhibición extrema de "todo", no sólo del sexo y las funciones corporales, sino aun de

la suciedad, como si la sensación de que todo puede ser mostrado asegurara al mismo tiempo la neutralización de los juicios de valor. No considero a estos caracteres como estables y homogéneos, pero de hecho convivimos con llamativa indiferencia con niños de muy pocos años pidiendo en las calles, sin interesarnos por lo que del todo social reflejan; con personas cuyos rasgos nos hace evidente su reciente transformación en mendigos; delincuentes muy publicitados en los medios como tales, enjuiciados y condenados, son entrevistados en la televisión o podemos encontrarlos en nuestras mismas veredas; corruptos del poder estatal que son "aceptados" en sociedad como si sus delitos sólo fueran picardías o habilidades mercantiles, o como si se aceptara a la política misma como una empresa mercantil. Mucho de lo que en la individualidad clásica constituía un interior recatado y protegido de las miradas ajenas se ha convertido en exterioridad, o simplemente, se han esfumado las diferencias entre interior-exterior.

En este panorama urbano el "loco", que perturbaba la vida familiar y social o amenazaba la seguridad personal o de los demás, como reza en la ley y lo concretan los certificados médicos de alienación, adquiere otro estatuto en relación con la marginalidad. Su marginalidad era causal suficiente de internación compulsiva. Hoy se requiere de otros argumentos, la "ciencia" de lo mental debe aportar otras razones, que en general no encuentra. Desde la perspectiva misma del muro del manicomio y del espacio que cerca, es decir, del límite interior-exterior, se encuentra más que nunca cuestionado. Pero, observemos, que ya no desde el humanismo de los higienistas de comienzos de siglo, ni tan sólo (aunque sigue siendo importante) de los que reclaman desde una concepción democrática de la vida social y por lo tanto de un cuestionamiento global de la marginalidad y la represión de que son víctimas los internados. El cuestionamiento incorpora argumentos de orden técnico (ineficacia, costo altísimo, ninguna funcionalidad, aislamiento, etc.) que son los que más pesan a la hora de las decisiones. Por otra parte, ¿cómo certificar de alguien su alienación, cómo reclama la ley, en el mundo actual? Los médicos prefieren hacer tiempo sustituir este término por el de "enfermedad mental", pero eso otorga, si se lo tomara en la plenitud de su sentido, otros derechos constitucionales bajo el estatuto mismo de ciudadano. Sin embargo, ese certificado, inversamente, desprovee a quien así es diagnosticado, de derechos civiles básicos, como son la deambulacion, la libertad personal, el manejo de sus bienes, etc. La crisis del manicomio es más profunda que la del "reclamo democrático" de su abolición. (Hago alusión con esto también a la época de Psiquiatría Democrática en Italia). La crisis se instala hoy en relación a la caída global de los valores en que el manicomio se sustentaba y a los cambios que en la vida social y en la cultura muestran el absurdo de su existencia actual. Muchos de los rasgos de los sistemas de masificación, uniformidad y relación de poder, que instaura la instituciona-

lización (del manicomio, de los hogares para menores, colonias para débiles mentales, etc.), pueden observarse hoy en la vida social y el desenvolvimiento de la subjetividad. Pero no he de seguir esa vía en este escrito. Me limito a señalar, a través de imágenes más bien groseras de la actual modernidad, algunas analogías y similitudes en relación a la conformación del espacio y la subjetividad comprometida en él.

El "hiperespacio moderno", como lo denomina F. Jameson, es masificante en todos los sentidos. No sólo por lo que al registro inmediato de una mirada lanzada sobre la multitud de personas que lo constituyen impresionan. Se trata de una diversidad que no puede ser discernida, dada la igualación en que sus conductas, aún los rasgos de diferenciación que suelen exagerar, concluyen. Cual grandes ciudades de compras, todas las necesidades pueden satisfacerse en su interior. El exterior, arquitectónicamente desactivado, pierde toda relación con los desenvolvimientos prácticos de las personas. Grandes hoteles, que reproducen la ciudad misma como espacio habitable, son, al igual que el ejemplo anterior, liberados de toda relación con los lugares reales en que están enclavados. Sus habitantes pasajeros pueden ignorar de modo absoluto la "otra" arquitectura, la de las villas circundantes, la "otra" gente que las habita, los "otros" modos de vida que las caracteriza. Sin embargo, cabe aclararlo, no se trata de muros ni de personas internadas. Se trata de la armonía que adquiere, en la actual modernidad, la "convivencia" de la marginalidad mas inhumana con las formas más frívolas o superficiales de la socialidad y el consumo. Se suele decir de estos lugares (hoteles o galerías, etc.), que son "un sueño". Pero no es un sueño, no son vivenciadas por los sujetos como irreales o producto del deseo. Mucho menos por lo que de diferencia con la "otra" realidad muestren [Son la realidad tangible misma, que ha devenido fragmentada. Espacios y subjetividades conformadas sobre iguales líneas de fuerza y sentido.] Tampoco pueda ya decirse que estos lugares sean muestra de una cultura extravagante, como la de otras épocas de la humanidad. No se trata de "algunos" productos culturales, "son" los caracteres propios de la cultura actual. Ha sido repetidas veces señalado cómo la cultura actual ha devenido algo extendido que impregna la totalidad del campo social, la vida cotidiana, la política, como la psiquis de cada uno. Cultura de la imagen, sociedad del simulacro. O inversamente, cultura del simulacro y sociedad de la imagen. Lo que justifica el juicio de Jameson: "transformación de lo real en un conjunto de pseudoacontecimientos".

La masificación, la pérdida de individualidad social que llamamos individualismo, ya no es sólo un problema del asilo y de los internados. Ahora lo es de toda la cultura, se trata de un fenómeno creciente de la vida social en su conjunto. El muro del manicomio frente a estas transformaciones de la individualidad burguesa ha perdido sentido. Es dificultoso para los alienistas (aunque siguen estando) sostener el argumento de la necesidad del aislamiento. Eso es lo que padecemos todos, el loco tam-

bién, pero no se entiende ya el sentido terapéutico. Las singularidades del loco se funden en la diversidad de formas posibles de imaginar la realidad. Su ensimismamiento, su desamparo, su soledad, su hostilidad y desconfianza con los demás, ya no son caracteres que le pertenezcan en exclusividad. Además son cuestiones que en su conjunto han sido "privatizadas", ya no molestan a lo público; el Estado puede, bajo el argumento seudoliberal de los derechos privados, desentenderse de todos los desamparos sociales, de las vidas marginales, de las rarezas de los que se "caen" de los sistemas de intercambio, simbólico o económico.

La consigna de abolir el manicomio se ha extendido. Es patrimonio de grandes sectores sociales, profesionales del campo de lo mental, social y antropológico. Los Estados representados en las Naciones Unidas, en los foros de la Organización Mundial de la Salud, han ido aceptando los criterios de los técnicos de S. M. en las nuevas propuestas. Por cierto que el manicomio sobrevive, pero bajo estas condiciones, que no son las del consenso con que contaba hasta la primera mitad del siglo. En algunos países, como el nuestro, permanece, como producto más de las rémoras burocráticas que van dejando "bolsones" de miseria en las cuestiones que no sienten prioritarias. Desmanicomializar es más que la abolición del manicomio, supone acciones de liquidación de sus modelos de relación humana, de poder disciplinario. Es posible que estemos más cerca de la abolición de estas instituciones, creo que estamos más lejos del ideal de desmanicomializar. Simplemente porque no todos los valores del manicomio caen con la actual modernidad. Simplemente, también ellos, como la individualidad burguesa, han entrado en un paroxismo, que los extiende bajo formas diversas por el todo social. En este contexto debemos preguntarnos por el sentido de las propuestas de abolición del manicomio y los caminos a seguir tras su logro, ya que el destino de los internados en estas instituciones sigue estando ligado a aquel de todas las individualidades degradadas de la sociedad.

9. La cuestión de las alternativas al manicomio

En esta sociedad, uno de cuyos rasgos he enfatizado, cuál es el de la marginación producida e integrada "naturalmente" al entorno urbano, se plantean nuevos problemas con la respuesta social y disciplinaria al problema del sufrimiento humano que alberga el asilo. La medicina mental, más allá de los mentados progresos que la biología, la genética y la neurofisiología le han brindado, más allá también de sus ilusiones y promesas sobre su capacidad de recuperación de los enfermos, no ha construido una solución alternativa que permita resolver social y humanamente el problema de los locos. Especialmente, si pensamos en aquellos que, tras largos años de segregación y custodia en estas instituciones, han perdido

La relación social con el exterior de las mismas. Sin familias, con familias sin posibilidad de continencia, sin amigos, sin posibilidades reales de empleo, sin vivienda, el desamparo en que se encuentran hace que el asilo sea su único rasgo de identidad y "hogar" natural. Sabemos que el mantenimiento de estas instituciones ya no es sólo un problema de costos económicos. Con el mismo gasto que insumen estas instituciones degradantes es posible prestar una atención más humana, más eficaz, más reparadora, más racional y menos degradante. Lógicamente tenemos serias dudas sobre las soluciones disciplinarias, no sólo las que aporta la Psiquiatría y creo que el problema más importante radica en la respuesta social. En ese sentido, no debe existir ninguna duda sobre la exigencia de abolir el manicomio definitivamente y seguir avanzando en el problema de la desmanicomialización. Pero sería ilógico y contradictorio con estas posiciones permanecer indiferentes sobre los modos en que las personas institucionalizadas podrán insertarse en una sociedad con las características que reseñamos. Para muchos de ellos la sola externación puede no llegar a ser más que un nuevo desamparo, más cruel que el vivido en el hospicio. La atención disciplinaria no puede desentenderse de la respuesta social, y ésta debe incidir sobre los modos de relación humana que aquella instaura. Y esta respuesta social no puede quedar librada a las solas expresiones del voluntarismo, la respuesta comunitaria aislada o la beneficencia o caridad. Se trata de plasmar esta respuesta en políticas sociales y de salud concretas, que reflejen el compromiso social solidario con las necesidades de estas personas. Entiendo por construcción de una alternativa al trabajar en tres niveles que deben ser articulados: construir una trama social solidaria y continente para recibir y aportar a la recuperación de la ciudadanía de las personas externadas; exigir la puesta en marcha de políticas sociales y de salud que garanticen, a través del Estado, la cobertura de las necesidades de todo el proceso de reinserción social; mantener lo específico de una asistencia en S. M. que asegure una recuperación, en el grado de posibilidad que abre la externación y a fin de paliar el sufrimiento mental tanto como impedir nuevas modalidades de internación.

En este entramado de una respuesta compleja a un problema social complejo como es revertir la situación del internamiento psiquiátrico asilar, es necesario, a mi entender, seguir mostrando cómo, más allá de las singularidades del enfermo mental —que la Psiquiatría pretendió absolutas— el destino del loco en su vida social es el mismo que sufren todos aquellos que, por diferentes razones, transitan por los márgenes de la sociedad. Fuera de toda idealización de la marginalidad, es preciso entender a ésta como una producción social compleja, porque sólo una sociedad que pueda asumir su implicación en ésta podrá comprometerse en una respuesta solidaria. La marginalidad, en todas las formas que sea vivida, constituye una zona social viva, de enormes tensiones. En ella, toda la sociedad, es decir todos y cada uno de sus miembros, condensa y expulsa

lo que no integra ni puede tolerar en sí misma. Los mecanismos de la expulsión-segregación siguen vigentes, ha cambiado sí la actitud: ahora se convive con indiferencia con aquello que antes se encerraba. En estos márgenes de la sociedad, donde el ciudadano es restringido a ser mero poblador, se juegan la vida y el destino de muchos individuos. Se lucha para no caer en ella cuando se la reconoce, pero también ocurre con frecuencia en aquellos que la sufren que terminen mimando a las mismas fuerzas que empujan a la degradación, el olvido o la miseria. De este modo muchos terminan aceptando como destino "natural" lo que es consecuencia de las relaciones establecidas por los hombres.

En esta era en que el llamado primer mundo nos muestra y nos ofrece esta cultura universal posmoderna; una forma social basada en el consumo (que llaman de mercado); una hegemonía de los medios de comunicación como formadores de consensos normativos; en la que se nos oculta que no todos vivimos en igualdad de oportunidades ni de condiciones de existencia; en la que la diversidad mentada no constituye más que el encubrimiento de la indiferencia por el otro, indiferencia complaciente por lo tanto con las fuerzas que producen las diferencias en que la marginalidad cobra existencia. La degradación del individuo, en varias de sus formas, está integrada pero no abolida. En el "hiperespacio moderno" de la sociedad que comienza a insinuarse cabe todo, como en los modernos shoppings, pero sólo bajo el mantenimiento de la indiferencia que es presentada por los medios como señal de tolerancia y libertad. Por eso creo que es esencial, más allá de los juicios y condenas morales al manicomio, no dejar de preguntarnos por sus causas, sus razones, por el juego de intereses humanos en que se producen la marginalidad y la desigualdad. Sólo así entenderemos la relación humana que se instaura, recubierta por la disciplina de lo mental, sobre individuos previamente marginados o condenados a existencias miserables. La razón del manicomio no es inherente a la existencia de enfermedades mentales; eso, creo, ha sido comprendido. Se trata ahora, para avanzar en la consigna de la desmanicomialización, de comprender hasta donde penetra el tejido social la forma de individualidad y de relación social en que el manicomio cobró existencia y se sostuvo hasta nuestros días.¹⁷

17. Es importante estar alerta, en este sentido, a la funcionalidad que pueden tomar las políticas neoconservadoras en curso, de privatización y eliminación de las funciones sociales del Estado, con el cierre de los manicomios. Se corre el riesgo de que, bajo el slogan de la modernización identificada con la privatización, se consume una nueva forma de abandono y segregación de los enfermos mentales, ahora al interior caleidoscópico de la gran ciudad.